

# Editorial

Quien pretenda aprender por los libros el noble juego del ajedrez, pronto advertirá que solo las aperturas y los finales consienten una exposición sistemática y exhaustiva, en tanto que la rehúsa la infinita variedad de las movidas que siguen a las de apertura.

S. FREUD

«Sobre la iniciación del tratamiento»

Realizamos en este número de la *Revista Uruguaya de Psicoanálisis* una apertura, un nuevo emprendimiento de una Comisión de Publicaciones en torno a la palabra, la escritura, la experiencia analítica, su inscripción en el analizando, en el psicoanalista, y su transmisión mediante publicación.

Apertura que adentrándose ha de llegar a los «Confinos de un análisis» como eje temático escogido para esta ocasión de dar a conocer e intercambiar, en lo que tiene de único e irrepetible cada situación clínica, cada psicoanálisis que dejará la marca del caso, colindando con lo específico, abarcativo y general. Hemos de internarnos e incursionar en fronteras múltiples y móviles con disciplinas limítrofes al psicoanálisis dada su condición confinante.

Entrando en la *Revista* a partir de la portada elaborada se evocaría, sostendría la complejidad de la escena en la atmósfera psicoanalítica como partida de ajedrez, retomando el aforismo freudiano de sus escritos sobre la técnica. Suelo, tablero que fija las reglas que hacen al encuadre particular de su dispositivo, dentro del cual se moverán las piezas. Suelo, piso damero, el de las huellas de la infancia, del *infans*, que se halla aún tanto más cerca de él. Suelo, arena, sobre el cual se desenvuelve todo análisis, dado que ambos, analizante y analista —en forma asimétrica o disimétrica tal vez—, muerden, al llegar al confín de algún recuerdo siempre encuabridor, el polvo de la arena. Suelo, tablero, piso damero, arena bañada por

el oleaje, volviendo una y otra vez a nociones freudianas, de lo que va y viene, en algo de ese retorno repetitivo de lo inconsciente, puesto en acto en la transferencia.

Publicar, hacer público, trabajar a cielo abierto, entre nubes, destellos de luz y de sombra, lo que ha quedado como huella, como resto de esa *praxis* analítica que ha transformado a un analizante y un analista a la vez. Praxis que dejará escapar algo que, a modo de globo, pudiera elevarse por encima de quienes lo miraron en los comienzos y lo dejaron partir para que otros lo vieran. Creo entonces que la función de editor, la de un director de publicaciones dando lugar a la palabra de los autores, se acercaría a la de la sublimación y a la escritura en psicoanálisis como caudal de transmisión.

Fanny Schkolnik reescribe un texto casi veinte años después, «Entre el sueño y la vigilia», y nos conduce a pensar que «[l]a escena del análisis se condensa y confunde con la de la infancia, pero es otra. Se repite algo anterior en un encuentro que actualiza y condensa otros viejos, posibilitando nuevas vivencias». Trabaja el concepto de transferencia junto con el de «contra» transferencia para desmontarlo, volviéndose a pensar como analista y no solo «contra», sino «frente a» o «con». Y es con el paso de los años que su función analítica le ha permitido reflexionar sobre los efectos de los cambios: «Hay una escucha distinta en función de lo que nos convoca de los cambios en la cultura y las costumbres, la constitución de la familia y las nuevas formas en que se pone de manifiesto la sexualidad. Todo esto hace que sea muy distinto el modo en que nos relacionamos con el paciente. En este sentido, destacaría particularmente lo que pasa cuando se pone en juego el cuerpo, tanto en el vínculo en el consultorio como fuera de él».

La *Revista* publica a continuación dos textos frescos en su proximidad con la escucha en los nuevos contextos culturales que jaquean, prosiguiendo el hilo del juego de ajedrez, a los analistas por estas latitudes. Alice y Sergio Lewkowicz, colegas brasileños, se ubican «Escuchando las voces del cuerpo» y lo plasman en su mismo derrotero, el de la sesión en su *tempo* propio. Una viñeta plena de sensorialidad invocando algo de una enseñanza en torno a ser analistas advertidos de la fascinación en la que puede quedar cautiva su escucha y cautivada su mirada en esas marcas de

tatuaje en el cuerpo de Ana, deprimida por la ruptura y el abandono de su pareja. Transitando por los confines del psicoanálisis con la literatura, los autores evocan la lectura de *El hombre ilustrado* de Ray Bradbury, en que cada imagen tatuada hace surgir un relato, que a la vez pudiera convocar en el lector la imagen de Scheherezade contando en cada una de *Las mil y una noches* un cuento para no morir.

Mónica Vorchheimer, psicoanalista argentina, nos lleva a la escena analítica de la mano de la sorpresa, trabajando aquella disponibilidad, que ha de quedar en espera, abierta, al acecho, disponibilidad del analista a «verse sorprendido» con la jugada del inconsciente una y tantas veces. Lo escribe sobre el suelo, terreno del encuadre, y desde la atención «parejamente flotante» que va desde sus ocurrencias en la sesión con Tomás, que tendido en el diván va asociando en torno a sus sueños mientras ella mira lo «desparejo» del suelo, pensamientos vagos que vagabundean en la sesión que ella toma como material de autoanálisis. Se ve asaltada por el «Sorprenderse, aún» de esas ocurrencias suyas que perduran, que ella ha rescatado, no se han perdido tras los juicios, prejuicios del analista que pudieran hundirlo en su escucha.

Acude a la cita de la escritura de los confines, puntual y puntillosamente, el analista argentino Alberto Cabral, con su propuesta respecto a la tolerancia/ansia de la pluralidad en el seno de las comunidades psicoanalíticas, para efectuar un corte y no quedar confinados en cada comarca. Plantea la marca del caso Alejandra, aquella joven paciente que tanto lo impacientó, hasta verse sorprendido, en una vacilación no calculada de su intervención en que se encuentra y se escucha diciéndole «al menos así lo veo yo». Cabral trabaja en este texto la «Contratransferencia e implicación subjetiva: los confines del cálculo del analista», concluyendo que la contratransferencia está lejos de ser un concepto unívoco. Utiliza con destreza el suelo de la retórica conceptual con relación a la contratransferencia y escribe: «Como algunas formaciones rocosas complejas, parece haber crecido por aposición, al punto de que en su campo semántico pueden reconocerse distintos “estratos geológicos”. Haríamos bien en considerarla —entonces— un significante; abierto en tanto tal a esa pluralidad de sentidos que parecía inquietar a Winnicott». Nos trae a la polémica planteos que sostiene en un capítulo de su libro *Lacan y el debate sobre la*

*contratransferencia* (2009), en que se ocupa justamente de los efectos de imaginarización que del debate se desprenden de las diferentes versiones y traducciones respecto a la contratransferencia como palabra impropia.

Myrta Casas de Pereda, psicoanalista elocuente que a través «De los confines...» nos conduce a pensar: «Si lo medular de la pulsión es la repetición, sostenemos que esto se estructura como *tyché* y *automatón*, y que la *tyché* es un automatismo de repetición como encuentro imposible. Las asociaciones, en el mejor de los casos, se encadenan hacia la verdad que se pone en guardia desde la causa del deseo en que se vuelve ineludible la contingencia propia del discurso». Concibe que «La *tyché* constituye el meollo de la tarea psicoanalítica (teoría y praxis) y apunta a lo no realizado, a lo imposible donde precisamente la pulsión real-iza. ¿Siempre en los confines?», se pregunta. «Confinos del análisis que involucran los confines del Otro, que se recrea en la transferencia, a la que debemos dar lugar y tiempo; Otro al que nunca podremos abarcar totalmente. Entiendo que el término *confines* es un modo de nombrar la castración, pues encierra en sí mismo la idea de frontera, límites inciertos, lo cual nos acerca a dicha noción, pues no son límites a franquear, sino a instaurar... y de ello depende la salud psíquica.» Más adelante en su texto explicita: «Confinos que mentan un fin inhallable pero que nos nutren en la aceptación y elaboración sin fin de nuestros límites. Castración simbólica que reúne elementos imaginarios implicados en la frustración y elementos de lo Real ubicados en la privación».

Es a través del texto de la psicoanalista Ema Ponce de León que podrá el lector de esta *Revista* tener la posibilidad de trabajar el «Final de análisis. Entre ideales y límites». La autora nos permite, mediante un recorte de un psicoanálisis, el de Natalie, pensar nuestra propia conformidad como analistas y la de los pacientes, dado que lo «satisfactorio» de un análisis pasaría por parámetros subjetivos de ambas partes. «No podemos negar nuestra aspiración a que el paciente sufra menos y viva la vida con mayor plenitud y que confiamos en que las herramientas provistas por el análisis sirven a estos fines. Se genera una ineludible tensión entre esa aspiración, los ideales de cada uno, de la propia estructura y de la trama transferencial por un lado, y de lo real en juego por otro.» Autora que conceptualiza que «[l]a terminación de un análisis supone para el analista una nueva vuelta

de espiral en la fragua de sus ideales y su narcisismo. Correlativamente, para el paciente es un momento especialmente fecundo del proceso con relación a estos».

Dos analistas de dos generaciones nos acercan a la noble cantera conceptual que es la obra de Winnicott, a la que siempre se puede regresar para extraer rica materia prima, con la cual los autores Cristina López de Caiafa y Francisco Ameglio se han enriquecido y vuelven a escribir juntos: «Pensando la transicionalidad y su patología». Delimitan y transmiten cómo entienden la transicionalidad y sus fallas con relación a su concepción del objeto. «El espectro que abarcan los objetos subjetivos, transicionales y objetivos está íntimamente relacionado, va de la mano, diríamos, con el proceso que va de la dependencia absoluta a la independencia relativa.» Se muestran de acuerdo con Marilú Pelento cuando señala que «en la teoría de Winnicott cada objeto tiene e inaugura un espacio. Así el objeto subjetivo abre el mundo interno; la presencia de la madre como algo independiente da cuenta de la realidad compartida, y el objeto transicional inaugura el espacio de la creatividad». En la relación inaugural de las prístinas etapas de la vida del recién nacido, en esas experiencias subjetivas, la madre, o parte de ella, es creada gracias y a través de la vivencia de omnipotencia que ella promueve y que permite al *infans* experimentar la progresiva y gradual experiencia de ser en tanto y en la medida en que puede crear.

Julián es el nombre con que llaman al niño de dos años y medio que ellos nos presentan, que no hablaba ni jugaba y no parecía interesarse por los juguetes ni por las personas; su madre «había notado algo», pero finalmente el llamado de atención que motivó su consulta provino de la guardería. Julián desplegará, desde las entrevistas previas al inicio de análisis, en sus esbozos de juego, el impacto de un drama que dejó sus marcas. María es una estudiante avanzada de ingeniería que ha venido cursando con muchas dificultades y fracasos su carrera. Se pone nerviosa en los exámenes, «son una tortura», exclama. Es en su primer año de análisis que «mágicamente» comienza a salvar todas las materias. La transferencia le permite el despliegue de recuerdos de infancia en que su padre le decía que su madre estaba loca: «Yo llegaba del colegio y me ponía el camisón para ver televisión con ella y hacer los deberes, comer y después irme a dormir

cuando podía... porque no podía alejarme de ella». Plantean el caso como transicionalidad obstaculizada, fallida, distorsionada, la que da paso a existencias psicopatológicas, teorizando los confines de las neurosis con las psicosis y con las estructuras *borderline*, con los cortejos sintomáticos propios de cada una, las adicciones, los falsos *self*. Cuadros y situaciones en los que más allá de la nosografía lo que aparece es el sufrimiento vinculado con esas fallas en los procesos, fenómenos y objetos de la transicionalidad.

Cierra la sección temática Juan Carlos Capo, analista, escritor, autor de «Análisis: movilidad de los confines». El autor intenta una aproximación analítica a *errancias confinantes* en las que el ser humano, mejor conocido como *parlêtre*, se da de bruces una y otra vez al confundir «principio de placer» con «principio de realidad». Interpela, como es su estilo, si son confines del psicoanálisis: «¿Medicina, psiquiatría, psicología, pedagogía, enseñanza universitaria, literatura, artes plásticas, música? Todas ellas nos rodean por doquier».

Capo recuerda que Freud es terminante en el sentido de que lo que traemos de la universidad no nos será de utilidad para el análisis. «¿Será juicioso apelar a la filosofía? ¿Y a la psicopedagogía? ¿Al neológico positivismo? ¿A la metafísica? ¿Al marxismo? ¿A la religión? ¿A los místicos y sus dilemas? ¿A las ciencias de la literatura que Freud sabiamente nombró? Como asimismo estudiar historia de las religiones, mitología, sin descuidar psiquiatría e historia de la cultura.» Propone dar el consentimiento, «sí, al artista. La literatura, la música, las artes plásticas, la mitología, la historia de las religiones le aportaron, le aportarán al análisis una reserva acuífera donde calmar su sed y tener una energía represada, tan útil como una usina hidráulica. Viene en auxilio de la memoria el eslogan de Freud “acudid a los poetas”».

Mantuvimos y relanzamos la sección «Polemos» en los confines de la ética con el psicoanálisis. La psicoanalista Nahir Bonifacino presenta un artículo en el centro de esta polémica que proponemos, llevando a cabo una actual, minuciosa, profunda y abarcativa puesta a punto de los «Dilemas éticos en psicoanálisis», en torno a la confidencialidad de las sesiones y su quebranto en los límites, confines desde la formación analítica, sobre todo en el espacio requerido de supervisión de los análisis. Pero no solo en ese territorio, también en los procesos analíticos con niños, cuando el ana-

lista concurre a la institución educativa del niño. La autora va desgranando en su vasta reseña las respuestas que diferentes analistas fueron encontrando o incluso construyendo como alternativas que pudieran transformar el dilema ético del no cumplimiento del secreto, de la confidencialidad del material de la libre asociación y del juego en problema. Se destacan los aportes de Gabbard con relación al consentimiento del paciente.

La *Revista* tiene la ampliación de esta polémica con «Comentario sobre el artículo “Dilemas éticos en psicoanálisis”, de Nahir Bonifacino», que escribiera la analista argentina Silvia Wajnbuch, desarrollando su posición favorable a tomar del paciente el consentimiento informado. Encuentra que estos desarrollos permiten un acercamiento veraz a lo que acontece en muchos tratamientos analíticos que requieren del analista la comparecencia ante otras instituciones. La autora plantea, además de los dilemas éticos, dilemas legales sobre los que los psicoanalistas deberían polemizar.

Diego Speyer y Mónica Vázquez nos han acercado una refundamentación, relanzamiento del valor de Polemos en la *RUP*, invocando aquel alegato que ellos mismos hicieron hace ocho años con motivo de su surgimiento, en la *RUP* número 100. Así como destacan lo valioso y necesario de una polémica vivaz, que permita una circulación, tramitación de las diferencias entre pares; nos vuelven a advertir de lo difícil que ha sido y es finalmente polemizar, por los mismos fantasmas que los autores creen percibir que cobran forma con relación al deslizamiento de la puesta en debate fraternal, dado el inevitable reconocimiento de las diferentes ideas, conceptos y posiciones psicoanalíticas. Lo dejamos planteado en este número de los confines, fronteras de intercambio entre analistas para ser retomado en el siguiente.

La «Conversación» en la *Revista* es con la migrante disciplinar Graciela Frigerio, quien despliega sus filiaciones simbólicas y los destinos actuales, filiaciones que debido al exilio fue construyendo y deconstruyendo, al seguir las trazas de los seminarios con los psicoanalistas y docentes a los que concurrió en París.

A la memoria de J.-B. Pontalis concurren tres textos. Uno es el de su amigo Edmundo Gómez Mango, quien se analizara con él al llegar a su París luego de tener que afrontar su exilio. «Pontalis, el psicoanalista de la vida moderna», titula su texto Gómez Mango, «J.-B., como lo llamaban

sus amigos, fue en la cultura y en el psicoanálisis francés un “removedor”: la impronta indeleble que dejó en los múltiples ámbitos de su actividad (psicoanalista, editor, escritor, traductor) fue la de promover inquietudes, la de cuestionar y poner en movimiento aquello que parecía inerte o esclerosado, la de animar la palabra y el pensamiento».

Marilú Pelento rinde su homenaje a Pontalis, en el cual manifiesta: «Antes de presentar algunas de sus ideas, deseo transmitir la resonancia que me produjo cierto estilo de escritura presente en los escritos de este autor. No me refiero solamente a su cualidad literaria, indiscutible para mí, sino a un modo de transmitir vivencias y experiencias recogidas fuera y dentro del consultorio que me recordó, por su “musicalidad”, modos de expresión de autores de la corriente fenomenológica, fundamentalmente de Merleau-Ponty». Escribió a todos los analistas latinoamericanos una vez enterada de su muerte: «Como sabemos, este autor preocupado por la pérdida de la metáfora que la avalancha del lenguaje instrumental había traído aparejada, centró su interés en revitalizar el lenguaje. Ese interés acercó a muchos lectores a su obra, tal vez alejó a otros molestos por un estilo de lenguaje en el que el aspecto literario parecía ocupar demasiado espacio. A los que nos acercó también nos llevó a dilucidar con cuidado los estilos de transmisión de sus ideas presentes en sus escritos, fundamentalmente en dos de sus obras: “Este tiempo que no pasa” de 1997 y en “Ventanas” del 2000».

Marilú describió que Pontalis ha sido «[u]n analista que a mi juicio nos dejó también como herencia una pregunta crucial: ¿qué pasaría si lo que aprendí me impidiera escuchar?».

Considero que Pontalis ha sido maestro de escritura fragmentaria, con la que atraviesa una y otra vez los confines de la literatura y el psicoanálisis. Así lo planteo en la «“Removedora” semblanza» que escribo en su memoria. Sus fragmentos, hoy testamento legado, en los cuales habla la lengua rebelde, de la sutileza de lo condensado, desplazado, tan liviano, ligero como profundo y denso, que ejerce sobre los analistas esa «Fuerza de atracción», como su libro así llamado.

La reseña es del libro *Idea Vilariño. Diario de juventud*, y la realiza Soledad Platero, quien interviniere en su presentación en abril pasado. Reescribe la presentación para la *Revista* y la llama «Las máscaras o el



poema»: «Durante la presentación del libro, que hicimos juntos, Hugo Achugar señalaba que el diario es, en realidad, una novela, y que lo que cabría preguntarse es quién es el autor (en alusión a la eventual intervención de las editoras). Yo tuve sin embargo, al leerlo, la impresión de estar ante la escritura de un drama. Idea se construye como personaje mediante un juego constante de descripción, confesión y borrado, pero también describe cuidadosamente la escena en la que quiere ser imaginada».

«Suele creerse que los diarios de los escritores aportan nuevas claves de lectura de su obra. Así, este libro podría entenderse como una forma privilegiada de aproximación a la poesía de Idea Vilariño; al nacimiento de su lírica y de su voz poética. Y es verdad, en tanto todo paratexto ofrece claves de lectura. Y también, claro, en tanto la biografía (entendida literalmente como la historia de la vida de alguien) ilumina aspectos puntuales, concretos, de un hacer artístico.»

Llegamos así al final del editorial que recorre el itinerario de las producciones que han ido contorneando los «Confines de un análisis».

MAGDALENA FILGUEIRA  
*Directora de publicaciones*